

Bien puede afirmarse sin género de duda que el auge que con atuendo sencillo y los techos envigados alcanzaron las tiendas del ayer lejano donde nuestros abuelos vieran realizadas muchas de sus ilusiones, (incluso las de antes de que se implantara el gas), constituye al ser evocado un vigoroso exordio del atildado y aparatoso comercio impuesto por el progreso en su vertiginoso empuje. Así es, realmente, por cuanto ni las exigencias del dinamismo imperante, ni las constantes transmutaciones que la vida de hoy exige, podrían mirar con desdén todo aquello que las precedió y que lejos de resultar pálido e insípido marca un delicioso y dilatado período en la historia de la por tradición eminentemente industrial ciudad nuestra.

Con frecuencia, al comparar la configuración de los modernísimos establecimientos que año tras año vienen a imprimir nuevos rumbos al comercio al por menor, con lo que pedía el montaje de los escaparates y mostradores que nuestros abuelos tuvieron por destacados, se ofrecen a la cámara lúcida de la memoria los retratos descoloridos de muchos de aquellos negociantes o tenderos que no mostraron impaciencia por hacerse ricos y a quienes no podía ocurrírseles pedir subido precio por lo que poco vale, y me pregunto si la desaparición de lo que bajo la influencia de una estabilidad a prueba, tan íntegro, tan sólido, sin nada exótico y lleno de doctrinas prudentes y razonadas para que el camino del cielo fuese más llano y asequible a las almas de sus promotores, no ha defraudado a la ciudad, si no le acarrea un pesar interno; si la modernización y el porvenir que la asisten no ha de convertirse en mejoría prosaica al borrar el tono y los colores de su vivir de antaño y acabar con el genio incomparable de aquel tiempo viejo.

Y tras las precedentes reflexiones que a buen seguro habrán hecho para sí más de cuatro sesentones y que quedan circunscritas a la visión del pasado, voy a bosquejar, aunque rápida y toscamente, ciñéndome a lo que permite el espacio, algunos de los comercios más renombrados de la ex-villa, y ello sin apartarme del principal ámbito de ésta, en el que en los albores de la presente centuria subsistían aún muchos de los a que aludo. Sea esta no por corta menos simpática ruta que me he impuesto el reflejo de la importancia que adquirieron los establecimientos de aquel ayer, que contrastan con los modernos de hoy. Me referiré para empezar a los que se hallaban situados en la *Calle Mayor Antigua*: entre ellos el de lencería de D. Vicente Vallbona, con su magnífico surtido en telas, madapolanes y cretonas y su especialidad en el corte matemático de camisas y calzoncillos; el primitivo bazar de sastrería «*La Nueva Barcelonesa*», dotado de una inmensa colección de prendas confeccionadas, pãrdessús, levitas, chaqués, americanas, pantalones, chalecos, todo ello de *última novedad* y según la moda que en el año 1.900 seguía predominando; la repostería y mantecería «*La Confianza*», fundada por D. Francisco Jolis y que su hijo y sucesor D. Juan Jolis renovó con mucho gusto y no menor gasto en 1.880, siendo sus especialidades los chocolates y el bizcocho «*Viscolín*» elaborados en la misma casa; la joyería y relojería de D. Benito Romá a *cal Vigatá* que trajo los primeros fonógrafos; la tienda de comestibles finos y cafés del Sr. Care-rach; la de sedería, lencería y mercería del Sr. Xarrié, y

la de juguetes, marcos y baratijas del Sr. Cantó a *can Cantóns*. Las cuatro últimas pertenecientes a una época menos apartada.

Siguiendo hacia la *Calle Mayor del Centro* evocamos otros destacados comercios, entre ellos la rumbosa confitería que fundó D. José Canals y Malla, con sus secciones de comestibles, vinos, conservas, droguería, cerería, cristalería, porcelana, y donde se vendían al por mayor las mejores aceitunas, el aceite puro de oliva y el petróleo refinado. En la misma calle, la gran perfumería, barbería y peluquería con gabinete especial para peinar señoras, de D. Rafael Costa, que empezó sin duda por aprender a tejer el pelo, a rizarlo, a fabricar añadidos y bisoñés, hasta quedar ordenado en la clase peluquera de aquel entonces, muy diferente de la de hoy; la relojería suiza de D. Julio Bonnemain, abierta en 1.884 y que mereció ser calificada como una de las mejores de la provincia.

Y así, auxiliado por las linternas de la memoria o por los *clichés* de tiempos más lejanos, recorriendo las calles del centro de la villa, (de la *Procesión, Estrecha*, de la *Rutlla, Estrecha Antigua*, etc., hasta llegar a la de *Especieros*) he de citar la sombrerería «*La Villa de San Feliu*», fundada en 1.880 por D. Francisco de Palacio y cuyos espejos mimaron al sexo feo cuando éste vivía en armonía con el sombrero *hongo*, con el *flexible* o el *jipijapa*; las sastrerías de D. Baudilio Descayre, D. Pedro Colomer y D. Feliu Vicens, con las últimas novedades; el gran colmado de D. Plácido Bou (*a can Plácido*); la importante *Mercería Rodas*; el famoso bazar «*La Villa de Madrid*» de D. José Tenéze; los amplios establecimientos de espartería, cuerdas, redes, artes de pesca, hilos, canastillas de los Sres. Arará Hermanos, con sus secciones de tapicería, alfombras, muebles, capoteros y persianas; el almacén de sillas de todas clases de D. Juan Esteva Petit, con su exposición de máquinas «*Singer*» y aparatos para la colada; la acreditada zapatería Pou (*a can Palamenta*); la popular *Confitería Palol*; la exposición de muebles de lujo del ebanista D. Vicente Gandol; la en su ramo no menos importante ferretería y depósito de útiles para la agricultura de D. Jaime Vives (*Casa Mapa*).

La señorial *Calle de los Arboles*, (Rambla) nos ofrece el recuerdo de varios establecimientos que en otros tiempos adquirieron categoría, tales como la gran casa Comercio de D. Domingo Bonet (antigua casa *Maffas*) cuyas destilerías la hicieran famosa; la de los Sres. Oliveras; la relojería de D. Esteban Garreta, la perfumería del Sr. Donato donde se encontraban las mejores colonias, los mejores extractos y los perfumes que atraían al sexo bello, las horquillas y los adornos, y los adornos, y los finos guantes entre otros artículos de su especialidad; «*La Corbatinera*» y *camisera* del Sr. Marcó; «*La Tijera de Oro*», «*El Eban*»,... Merece especial mención el que fué centro de especialidades farmacéuticas del Dr. Demetrio Ferrán, socio de varias corporaciones científicas y cuyos específicos se premiaron en varias exposiciones.

Otros nombres se ofrecen a la memoria pero el espacio disponible no permite ir más allá. Algunas sucesiones se mantienen todavía en pié pero nada o casi nada queda ya de la fisonomía del comercio de medio siglo atrás. El típico letrado *Casa fundada en 18...* que fué cédula de garantía para nuestros abuelos ha sido borrado por las constantes transmutaciones que el progreso exige.— J. Soler Cazeaux